

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## V.

## LA CASA DE JALAPA.

Una tarde tristísima del mes de Agosto, en que la lluvia, despues de haber caído todo el dia lenta y monótona, azotaba la ventana del aposento de Amparo, produciendo un sonido lúgubre, se hallaba ésta sentada cerca de Roman que la contemplaba con una triste admiracion.

Los dos parecian muy conmovidos.

Era una de esas tardes en que encontrando triste á la naturaleza, es un placer hallarnos en compañía de un sér humano, una de esas tardes en que deseamos comunicar nuestros pensamientos, nuestras esperanzas, nuestros dolores y depositar en el seno de una persona amada, el fardo de lágrimas que ahogaba nuestro corazon.

Parecia que los jóvenes seguian una conversacion comenzada, porque Amparo dijo:

—¿Insiste vd. en que le refiera la historia de mis dolores?

—Lo suplico, señorita, para procurar aliviar los padecimientos con que veo á vd. languidecer dia á dia, conociendo su causa, respondió Roman, procurando ocultar bajo un acento tranquilo los latidos de su agitado corazon.

—¡Gracias, mil gracias! á vd. que se ha dignado lanzar una mirada de compasion á esta pobre huérfana abandonada en medio del mundo.

—¡Oh, Amparo! exclamó Roman con trasporte.

Pero despues, reflexionando un momento, el jóven se interrumpió y pareció observarse en una profunda meditacion.

Amparo dijo con un acento de triste resignacion:

—No ocultaré á vd. ninguna de mis faltas involuntarias, porque acaso me las perdonará.

—¡Dios mio! señorita, ¿puedo yo perdonar cuando demando perdon? ¿puedo acusar cuando suplico? exclamó Roman.

Amparo al cabo de un momento de silencio, en que pareció reunir sus recuerdos, empezó de esta manera:

—Aunque he nacido en esta ciudad, fui llevada muy niña á una posesion que tenia mi padre en Jalapa, donde se deslizo mi infancia como un dulce sueño, rodeada de todas las abundancias que dan, si no la riqueza, al menos el bienestar soeial, y de la ternura de mi madre, que era una hermosa jóven perteneciente á una distinguida familia de la Florida donde mi padre la habia conocido en un viaje que hizo á los Estados-Unidos en calidad de secretario de embajada.

Los dos se amaron tiernamente y la Iglesia bendijo la union de sus corazones.

Concluida su mision regresó mi padre á México en union de su esposa.

Sus negocios y la política lo retenian largas temporadas en México, y mi madre vivia sola conmigo y sus criadas en una casa de Jalapa, situada casi fuera de la ciudad.

Era una casa de un solo piso, pintada alegremente de blanco, aun me parece contemplarla, y con cuatro ventanas á los lados de un porton verde. El primer patio de aspecto alegre, sembrado de rosales y floridos arbustos, estaba circundado por amplios corredores, hacía los cuales daban las puertas y ventanas de los cuartos, los pretilos estaban cubiertos de macetas con las mas hermosas perfumadas flores, que embalsamaban el aire, las columnas estaban tapizadas por una alfombra de verde yedra, y del techo pendian jaulas, en las que se encerraban alegres pa-

203302

jarillos, que impregnaban el aire de melodías, dando todo esto á la casa el aspecto de una fiesta eterna.

Los aposentos estaban decorados sin lujo; pero con una elegante sencillez.

De este primer patio se pasaba á un segundo, en el que se contenian multitud de animales domésticos. Despues seguia un huerto de inmensa estension, lleno de cuantos árboles y plantas crecen en ese suelo bendito de Dios.

Perdone vd. que me detenga en estos detalles, porque ellos están impresos de tal manera en mi memoria, que á pesar de los años que han trascurrido desde que no habito los lugares de mi infancia y de las terribles y variadas impresiones que han agitado mi juventud, no se borran de ella aún, dijo Amparo.

Roman se inclinó sin responder.

Mi madre habia preferido este retiro á la capital.

Era demasiado jóven todavía y de una hermosura dulce y apacible como la de una santa.

Separada de su familia y su país natal, separada tambien de su marido, cuya atencion absorvia completamente la política, sin darle lugar á fijar en otra cosa su cariño, mi pobre madre habia concentrado en mí todo el amor de su aislamiento.

Educada con un régimen metódico, disfrutaba yo de una completa salud, y á los seis años era una niña hermosa y alegre.

Iba yo vestida generalmente con trajes ligeros y de vivos colores.

Mi madre me hacia levantar muy de mañana, despues de haber recitado de rodillas sobre mi lecho, mi plegaria matinal.

Hasta la edad de diez años no tuve maestros de ninguna clase, porque mi madre que poseia una instruccion muy sólida, sin afectacion, me enseñó á leer y escribir correctamente, á coser, bordar y aun bastante regular su idioma nativo, que era el inglés.

Era muy sentimental, muy virtuosa, muy resignada, habia aprendido las máximas sublimes de los escritores ingleses, y me daba esa educacion religiosa y sólida que ella misma habia recibido de sus padres.

Nunca una sonrisa de sarcasmo erró por sus lábios, nunca

exhalaron éstos otra cosa que palabras de ternura y plegarias, no tenia ninguno de esos defectos de la generalidad de las mujeres, era económica, caritativa con los pobres, que eran por otra parte las únicas gentes estrañas que penetraban en nuestra casa.

Consagrada enteramente á mí, nunca salia mas que en mi compañía.

Me tomaba de la mano y nos dirigiamos al caer la tarde á recorrer lentamente los campos que continuaban por todos lados la casa hácia el camino del pueblecito de Coatepec.

Me hacia notar todas las bellezas de la naturaleza; el sol moribundo detrás de las lejanas colinas, los celajes fugitivos de grana, la suavísima tinta crepuscular, los cantos de los labradores que volvian del trabajo, las aves volando hácia sus nidos y cuando me veía conmovida, como se puede conmover un niño, me hacia dar gracias al buen Dios que habia creado tanta maravilla.

Me hacia acostar temprano, despues de haber hecho mi oracion.

Entonces mi madre se retiraba á su aposento y se encerraba en él para meditar, orar y llorar el abandono en que mi padre la dejaba hacia dos años.

Esta educacion religiosa, este aislamiento, me habian formado un carácter meditativo. La tranquilidad en que viviamos y la absorcion de mi aislamiento, habian impreso su sello en mi rostro, y á los doce años era yo una niña apacible, obediente y humilde, con una frente tersa que simbolizaba la pureza de mis pensamientos, con una mirada lánguida y vaga por la meditacion y el recogimiento de la tranquilidad.

En efecto, ¿qué mas podria yo desear? No viviamos en la opulencia; pero si en una dulce medianía; mi madre consagraba á mí todo su cariño y yo tambien la amaba con todo mi corazón; no experimentaba los horrores de la desesperacion, la inquietud de pasiones exaltadas, las acechanzas de una sociedad en cuyo centro no vivia.

Pero esta felicidad no debia ser muy larga.

El gobierno en el cual mi padre ocupaba un puesto elevado,

fué derrocado completamente y tuvo él que abandonar la capital, huyendo de los encarnizados partidarios que le seguían, viajando de noche para ganar el puerto mas próximo, que era Veracruz y espatriarse.

Una noche llegó á las doce á Jalapa, me abrazó y me besó conmovido, y al cabo de un rato se arrancó para continuar su camino, de los brazos de mi madre que cayó desmayada.

Desde ese día la salud de mi madre comenzó á languidecer por una enfermedad del pecho y su vida á apagarse lentamente como una lámpara.

Sin embargo, procuraba ocultarme sus padecimientos con una cuanto dulce, falsa sonrisa que me hacia llorar.

¡Padecimientos físicos que consumían su cuerpo delicado, padecimientos morales que lastimaban su corazón tan esquisitamente sensible!

Una sombra de tristeza se habia estendido sobre aquella casa tan tranquila antes, si no alegre.

Algunas noches que despertaba, veía brillar luz en el contiguo aposento de mi madre que padecía ocultándomelo. Me levantaba para ir á su lado; pero ella me reprendía dulcemente y me obligaba á volver á mi lecho, diciéndome que era una casualidad y no otra cosa, la que la hacia estar despierta.

Me acercaba á su lecho y me daba un beso en la frente.

Al sentir el contacto de aquellos lábios abrasados por la calentura, al contemplarla tan pálida, tan doliente y tan resignada, sentía las lágrimas subir desde mi corazón á mis ojos y me arrojaba sollozando entre sus brazos.

—Vamos, ¿qué es eso, hija mia? me decia estrechándome contra su seno y con una voz quebrada por la emoción y ahogada por las lágrimas acumuladas en su corazón:

—¡Madre! ¡madre mia! esclamaba yo.

—¡Pero por qué lloras, niña? ¿no ves que te amo, que estoy aliviada? Vamos, vuelve á acostarte, que esto te puede hacer mal.

Yo volvía á mi aposento y desde que habia salido escuchaba sus sollozos que delante de mí habia estado conteniendo.

—Y si yo muriese, ¿qué sería de tí? ¡pobre hija mia! me decia algunas veces entre lágrimas.

—¡Oh! no, madre mia, no diga vd: semejante cosa, si tal sucediera yo también moriría, esclamaba llorando y estrechando su delicado cuerpo con el mio.

Y permanecíamos abrazadas y llorando de esta suerte largo tiempo, hasta que al fin ella recobraba su tranquilidad y me decia con dulce acento.

—Pero, ¡qué locas somos con estar afligiéndonos por cosas que aun no suceden!

Y para tranquilizar mi ánimo completamente, ese día se esforzaba por aparecer alegre y aliviada y hacia tomar á la casa y á los criados un aire de fiesta que no me volvía la calma sin embargo.

Así pasó un año, sin que durante este tiempo, recibiésemos una sola carta de mi padre.

El, tenia buen fondo, era honrado, amaba á mi madre; pero la política que á tantos hombres buenos ha estraviado en México, absorvía completamente su atención y el tiempo que habria de emplear consagrado á su familia, lo empleaba en conspirar ó en buscar medios para sostener el bando político á que pertenecía.

Mi madre seguía cada vez mas enferma, y cuando un nuevo gobierno abrió á mi padre las puertas de la República, solo vino á encontrar en su esposa á una moribunda que un mes despues arrebató la eternidad.

Me acuerdo que el día anterior al de su muerte, recibió mi madre los últimos sacramentos con el fervor y la contrición de una santa.

Luego que el religioso y sus acompañantes se hubieron marchado, luego que todo ruido hubo cesado, me hizo penetrar en su aposento y allí entre lágrimas y sollozos, me abrazó, recomendándome que siguiese siendo buena como hasta allí lo habia sido, y diciéndome todo lo que la mas amante de las madres puede decir á su hija á las orillas del sepulcro.

Despues de lo cual, nos despedimos para la eternidad.

Mi padre me arrancó del lecho privada de sentido.

A este recuerdo, Amparo ocultó su cabeza entre las manos y lloró dolorosamente.

Roman la contemplaba con una triste conmocion sin atreverse á interrumpir su dolor.

La noche habia caido completamente inundando con sus sombras el aposento.

Amparo se levantó al cabo de un rato, enjugó sus lágrimas con la punta de su mascada y fué á encender la lámpara, volviendo á sentarse al lado del jóven para continuar su narracion.

Fuera de la estancia seguia gimiendo la lluvia.

## VI.

### UNA MADRASTRA.

UN mes permaneció mi padre en Jalapa guardando el duelo de mi madre; pero al fin el nuevo gobierno le llamaba á México para recompensar los sufrimientos de su destierro y premiar sus servicios con un elevado puesto en la magistratura.

Siéndole ya inútil por consiguiente la casa de Jalapa, la vendió tal como estaba, hasta con sus muebles, á un rico comerciante de Veracruz y comenzó á hacer los preparativos para el viaje.

Yo sentí mi corazon despedazarse al tener que abandonar aquella morada de paz y silencio que me habia abrigado durante catorce años al lado de mi madre, de las tempestades del mundo, aquella morada ocupada todavía por su sombra, perfumada por su atmósfera, santificada por su memoria.

Una hora antes de partir, recorrí todos los aposentos para decirles mi triste despedida, el salon donde recibia la instruccion y hacia mi labor al lado de mi madre, los lugares todos impregnados de un mundo de recuerdos, mi aposento con sus ventanas al alegre corredor, los objetos debidos á su tierna solicitud, el jar-